

Videgaray, nunca aprendió de política exterior

Jesús Cantú

El canciller mexicano, Luis Videgaray, declaró en su primera conferencia de prensa cuando fue designado, que llegaba a la dependencia para aprender de política exterior; lamentablemente cuando está a punto de concluir su gestión es muy claro que no le alcanzó el tiempo. La crisis de los niños separados de sus padres en la frontera sur de Estados Unidos, evidencia de manera muy clara su incapacidad.

La llamada política de “cero tolerancia”, anunciada por el fiscal general de Estados Unidos, para entrar en vigor el 7 de mayo pasado, refiere que el Departamento de Justicia norteamericano consideraba en todos los casos de cruces fronterizos ilegales como ofensas criminales y, por lo tanto, todos los detenidos ya no podrían solicitar asilo en el vecino país, lo que en automático provocaba que se separara a los padres de sus hijos menores, sin importar la edad de los mismos. Bajo la lógica de la solicitud de asilo, padres y menores permanecían juntos, hasta en tanto se resolviese el juicio.

La política entró en vigor desde el 7 de mayo y fue hasta el lunes 18 de junio, es decir, 41 días después cuando la misma hizo crisis porque los medios de comunicación divulgaron el calvario que vivían los menores de edad separados de sus hijos. Del 8 de mayo al 9 de junio, 2 mil 342 niños fueron resguardados alejados de sus padres, de los cuáles según Videgaray, únicamente 21 son mexicanos y de ellos sólo 7 permanecen en el vecino país. El resto de los niños son principalmente guatemaltecos, salvadoreños y hondureños, que son los que más recorren a la solicitud de asilo por casos de violencia doméstica o de pandillas en su país de origen.

Sessions estableció que la política aplicaba también para aquellos extranjeros ilegales que vinieran acompañados de menores, por lo cual en esos casos se les separaría de sus padres y se les enviaría a un centro de procesamiento de migrantes, donde podían permanecer únicamente por un plazo de 48 horas; posteriormente son trasladados a centros de detención juveniles; una vez que concluye el juicio contra sus padres, el gobierno norteamericano inicia un proceso para colocarlos bajo la custodia de su pariente más cercano dentro de Estados Unidos; y, en caso de que no exista uno, se les entrega a un hogar sustituto, es decir, lo entregan en adopción.

Pero el riesgo de que esos menores jamás vuelvan a reunirse con sus padres se incrementa, porque no hay un registro adecuado de ambos (padres y menores) que permita darles un seguimiento.

La aplicación de esta medida depende exclusivamente de la voluntad del Ejecutivo, como quedó claro cuando el presidente Donald Trump firmó un decreto el pasado miércoles, que puso fin a la misma. Lo inhumano y cruel de la medida fue evidente por la condena unánime a la misma, tanto dentro de Estados Unidos como en los países expulsores de migrantes.

El primer cuestionamiento al gobierno mexicano es que no haya elevado la voz ni recurrido a acciones jurídicas hasta que los medios de comunicación dieron a conocer videos y audios que mostraban las condiciones y el sufrimiento que padecían los menores, es decir, pasaron 41 días de aplicación de la misma antes de que el gobierno mexicano reaccionara.

El segundo, es la insensibilidad mostrada al señalar que México era el menos perjudicado por la medida, dado que la inmensa mayoría de los menores separados de sus padres eran de otros países, como si lo grave de la decisión del gobierno norteamericano dependiese del número de afectados. La

Sessions estableció que la política aplicaba también para aquellos extranjeros ilegales que vinieran acompañados de menores, por lo cual en esos casos se les separaría de sus padres y se les enviaría a un centro de procesamiento de migrantes, donde podían permanecer únicamente por un plazo de 48 horas; posteriormente son trasladados a centros de detención juveniles; una vez que concluye el juicio contra sus padres, el gobierno norteamericano inicia un proceso para colocarlos bajo la custodia de su pariente más cercano dentro de Estados Unidos; y, en caso de que no exista uno, se les entrega a un hogar sustituto, es decir, lo entregan en adopción.

acción es intrínsecamente condenable, por lo cual incluso antes de que iniciase su aplicación se debió de haber actuado.

El tercero, es que es evidente que las vías para actuar más allá de la enérgica protesta pública, era el recurrir a las instancias de defensa de los Derechos Humanos de los dos principales organismos internacionales, es decir, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, dependiendo de la Organización de Estados Americanos, y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

Cuarto, la otra acción inmediata debió ser el envío inmediato de una nota de protesta diplomática al Departamento de Estado norteamericano dejando clara el rechazo del gobierno mexicano a las medidas que estaba implementado el gobierno del vecino país del norte.

Lo más que hizo el canciller fue señalar su rechazo a la misma en una conferencia de prensa convocada una vez que los medios de comunicación habían difundido los videos y las grabaciones. Afortunadamente para los afectados, el enérgico rechazo de la opinión pública norteamericana e internacional fue de tal magnitud que obligó al presidente norteamericano a firmar el decreto que la suspendía.

La absoluta y total inoperancia de una Secretaría de Relaciones Exteriores, encabezada por un titular que piensa que la política exterior de un país depende de las buenas relaciones personales entre él y el yerno del presidente norteamericano, es hoy más que nunca evidente. Esta relación personal ha sido un elemento que ha perjudicado terriblemente a México: primero, por la recepción que le dispensaron a Trump todavía como candidato, en su visita a México, que lo catapultó a la Presidencia; después por el impacto que la misma ha tenido para entorpecer la renegociación del Tratado de Libre Comercio; y, ahora, para el trato violatorio de los más elementales Derechos Humanos que se les dispensa a nuestros connacionales en el vecino país del norte. Afortunadamente el sexenio ya está por terminar.

Nuestro futuro

Luis Rubio

“ Quien piense que las cosas no se pueden poner peor no conoce la historia de Argentina”, dice el agudo observador David Konzevik. En 1913, Argentina ocupaba el décimo lugar del mundo en producto per cápita; hoy se encuentra en el lugar 57. La razón: décadas de malas políticas económicas ostensiblemente dirigidas a resolver problemas de corrupción, bienestar y pobreza. En lugar de avanzar, el país se ha retraído y los argentinos han ido de crisis en crisis por más de un siglo. Cuando escucho que “las cosas ya no podrían estar peor”, recuerdo la historia de Argentina: podrían estar mucho peor; muy rápido. Sólo pregúntenle a los venezolanos, el país con las mayores reservas de petróleo del mundo, que hoy viven en la miseria, la desesperanza y la peor crisis social y política de su historia.

La contienda en que estamos inmersos tiene tres dinámicas claramente diferenciadas: primero, la disputa entre el futuro y el pasado; segundo, el desenvolvimiento de la administración del presidente Peña y la percepción de corrupción abrumadora que de ella emana; y, tercero, las personas de los candidatos, sus virtudes y defectos. Cada uno de estos elementos contribuye a las percepciones que la ciudadanía tiene de los candidatos mismos y de la forma de votar.

La disputa entre el futuro y el pasado yace en el corazón de esta contienda: se trata de dos proyectos y perspectivas de país los que presentan, por una parte, Anaya y Meade y, por la otra, AMLO. Los primeros, cada uno con sus características y capacidades, coinciden en la necesidad de construir el país del futuro por medio de su transformación integral, con la mira hacia el futuro y siguiendo a los países más exitosos.

AMLO, por su parte, plantea un retorno a los orígenes: el país funcionaba mejor antes cuando no se pretendía la modernidad, cuando el gobierno imponía su visión sobre la sociedad y el presidente era todopoderoso. Su planteamiento parte del principio que las cosas estaban bien y que las reformas que comenzaron en los ochenta le dieron al traste al desarrollo que el país ya estaba logrando. Su modelo es el México de entonces; el problema es que la sensación de certidumbre que da el pasado no resuelve la pobreza, la desigualdad ni la falta de crecimiento.

Independientemente de la viabilidad de cualquiera de los planteamientos, explícitos o implícitos, de los candidatos, se trata de dos maneras de ver y entender al mundo radicalmente distintas. Así, esta elección no es sobre políticas concretas, sino sobre la dirección que debe seguir el país en el futuro: hacia adelante o hacia atrás.

La administración del presidente Peña es un factor central de la elección de este año, esencialmente por sus carencias, pero sobre todo por su distancia respecto a la realidad cotidiana de la población. Sus campañas publicitarias -en resumen, ya no molesten- y sus paseos por el país revelan una absoluta incapacidad para comprender el enojo de la ciudadanía con la corrupción, la desidia y el desinterés por la vida diaria del mexicano. El resultado es que un componente nodal de esta elección será el enojo con Peña frente al miedo a retornar al pasado que entraña AMLO. El enojo con Peña es real; por lo tanto, el futuro de Meade depende de ser percibido como independiente del presidente. El futuro de Anaya depende de que pueda convencer de su capacidad para ser presidente. Meade y Anaya han tratado de diferenciarse entre sí a la vez que buscan presentarse como personajes del futuro. Hasta hoy, ninguno ha cre-

La naturaleza de los candidatos mismos es clave en la elección. En orden alfabético, Anaya ha sido un legislador exitoso y encabeza una coalición de fuerzas políticas y partidos que hace tiempo hubiera sido considerada inconcebible, pero su tesón y rudeza lo llevó a donde está. López Obrador lleva décadas en la política, fue un exitoso jefe de gobierno del DF y ha logrado mantenerse en el panderero porque ha demostrado integridad y honestidad como persona, a la vez que plantea las preguntas relevantes que México todavía tiene que resolver, como pobreza, desigualdad y crecimiento económico. Meade ha sido funcionario gubernamental por décadas, conoce mejor que nadie los vericuetos de la burocracia y tiene una visión clara y estructurada de los desafíos que enfrenta el país.

cido lo suficiente como para diferenciarse entre sí y tornarse en una opción real frente al electorado.

La naturaleza de los candidatos mismos es clave en la elección. En orden alfabético, Anaya ha sido un legislador exitoso y encabeza una coalición de fuerzas políticas y partidos que hace tiempo hubiera sido considerada inconcebible, pero su tesón y rudeza lo llevó a donde está. López Obrador lleva décadas en la política, fue un exitoso jefe de gobierno del DF y ha logrado mantenerse en el panderero porque ha demostrado integridad y honestidad como persona, a la vez que plantea las preguntas relevantes que México todavía tiene que resolver, como pobreza, desigualdad y crecimiento económico. Meade ha sido funcionario gubernamental por décadas, conoce mejor que nadie los vericuetos de la burocracia y tiene una visión clara y estructurada de los desafíos que enfrenta el país.

En los estudios norteamericanos sobre su presidencia, una rama de la ciencia política de vieja raigambre, el elemento clave con el que se evalúa a los presidentes es su “carácter”, un término que se traduce como entereza; cómo lidiaría ante problemas que no son previsibles o anticipables y que obligan a la persona a responder, momento en el cual es la entereza lo único que cuenta. Es en esas condiciones que emergen figuras como Lincoln y que los convierten en parangones de liderazgo e integridad.

Los mexicanos tenemos frente a nosotros una elección que conjuga visiones radicalmente distintas del mundo, personalidades con historias y habilidades contrastantes y una decisión fundamental que determinará hacia dónde iremos. ¿Resolveremos los problemas del país o repetiremos la historia de Argentina?

@lrubiof

Cementerios, epitafios, leyendas

Arnoldo Kraus

Hay muertos que mueren del todo, otros fenecen “menos” cuando alguien los recuerda y algunos nunca dejan de hacerlo, pues sus nombres regresan o se apersonan, ya sea porque nunca terminaron de irse o no se fueron del todo. En Occidente los panteones fueron una invención necesaria. En sus avenidas, bajo las sombras y el vaivén de tilos y robles, como sucedió con Baucis y Filemón, se celebra también la vida. Pocos son Baucis o Filemón. Cuenta la mitología griega que Filemón y Baucis, unidos en matrimonio, fueron los únicos que le abrieron las puertas de su casa a Zeus y Hermes quienes, disfrazados de mendigos, solicitaron albergue en medio de una tormenta. Los dioses, enojados, inundaron la ciudad. Todos, excepto Baucis y Filemón murieron. Zeus ofreció recompensarlos. El matrimonio solicitó fenecer al unísono. Tras su muerte, Zeus convirtió a Filemón en roble y a Baucis en tilo.

El tiempo es testigo incomparable. En los panteones el tiempo es similar a la muerte, nunca termina, nunca se agota. Transcurren los años y con ellos, frente a la lápida, las visitas, las palabras, las promesas y los logros conjugan rituales y necesidades: compartir con el ser querido la vida. Tumbas y lápidas no sólo son piedras, moho y letras desteñidas y borradas por el tiempo. Tumbas, epitafios y lápidas son costumbres inmemoriales, hechas por humanos para humanos. Visitar túmulos acerca. Quien lo hace, busca, se mira. Los epitafios son algo más que palabras y letras, son literatura amorosa, son casas de unos y moradas para quien al leerlos re-

Las necesidades humanas son interminables. Una necesidad siembra una nueva, dos requieren cuatro, y así, sin parar. Las exigencias codifican todo, incluyendo la forma de morir. Desde tiempos inmemoriales la comunidad se ha dedicado a diferenciar entre unos y otros, en ocasiones con razón —héros que dieron sus vidas por otros, literatos y artistas imprescindibles, políticos ejemplares— y con frecuencia por cuestiones de poder, la mayoría de las veces poder económico. Los panteones dan cuenta de esa realidad. Hay panteones de primera y los hay de segunda. Algunos albergan personas famosas —en Moscú, el cementerio de Novodevichi, en París el Père Lachaise, en la Ciudad de México, el Panteón de Dolores—, y otros, los de los pobres, con cruces de madera. Y hay miles de muertos dispersos en la Tierra, sin tumbas, sin paradero.

trata y se retrata, “Siempre en ti, nunca sin ti”; “Adiós sin adiós, tu boca y tu mirada nos arropan”; “Es demasiado lo vivido, todo lo construido”.

Los epitafios son un homenaje, al ayer, al hoy, al mañana; quien los ha escrito lo sabe: transcurren horas y días y las palabras adecuadas no llegan. Despedirse del muerto con palabras en madera o en piedra es necesario. Los epitafios avivan la memoria de quien ha marchado, encomiendan al difunto a alguna divinidad, y son mensajes para los vivos y para quien los escribe.

La muerte, suponemos, hermana. Hermana: significa el cese de la vida. Hermana: nacer conlleva fenecer. Hermana: algunos perviven por sus legados, otros habitan en

la memoria de quienes los conocieron y hay quienes abrevan al retomar sus palabras, su canto, su danza. No hermana: el destino final de los cadáveres, signo inequívoco de nuestros tiempos, difiere. Unos, mientras escribo, mueren en altamar; otros, mientras avanzo, pierden la vida al abandonar su terreno para buscar una nueva vida; unos perecen en guerras, en atentados terroristas, por hambre, por enfermedades tratables, o por ser parte de esa nueva forma de perecer sin perecer: la de los desaparecidos, o desaparecidos, o “desaparecidos” que nunca mueren del todo y hoy se han convertido en partes del esqueleto de nuestros tiempos.

Hermana y no hermana: hay panteones para pobres y ricos, para famosos y no fa-

mosos, para judíos y católicos, así como espacios sagrados, donde se depositan las cenizas o los cuerpos de otro tipo de personas, aquellos que honraron a Dios y a la religión; ese grupo, ¿quién lo decidió?, tiene el derecho de pernoctar lo que dure su muerte en nichos sui géneris.

Las necesidades humanas son interminables. Una necesidad siembra una nueva, dos requieren cuatro, y así, sin parar. Las exigencias codifican todo, incluyendo la forma de morir. Desde tiempos inmemoriales la comunidad se ha dedicado a diferenciar entre unos y otros, en ocasiones con razón —héros que dieron sus vidas por otros, literatos y artistas imprescindibles, políticos ejemplares— y con frecuencia por cuestiones de poder, la mayoría de las veces poder económico. Los panteones dan cuenta de esa realidad. Hay panteones de primera y los hay de segunda. Algunos albergan personas famosas —en Moscú, el cementerio de Novodevichi, en París el Père Lachaise, en la Ciudad de México, el Panteón de Dolores—, y otros, los de los pobres, con cruces de madera. Y hay miles de muertos dispersos en la Tierra, sin tumbas, sin paradero.

Tener conciencia de la muerte es atributo humano. Sin ella la vida sería distinta. Habría menos movimiento y menos pasión. La creación, artística, deportiva o científica mermaría. Habría también menos violencia y menos aserínatos. Ser consciente de la finitud de la vida no es una elección; es parte del desarrollo cerebral de nuestra especie. Se crea y se compe debido a la conciencia de la muerte. Se destruye por lo mismo.